

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

LA FLOR DE HAWAY

12



MARTA EGGERTH

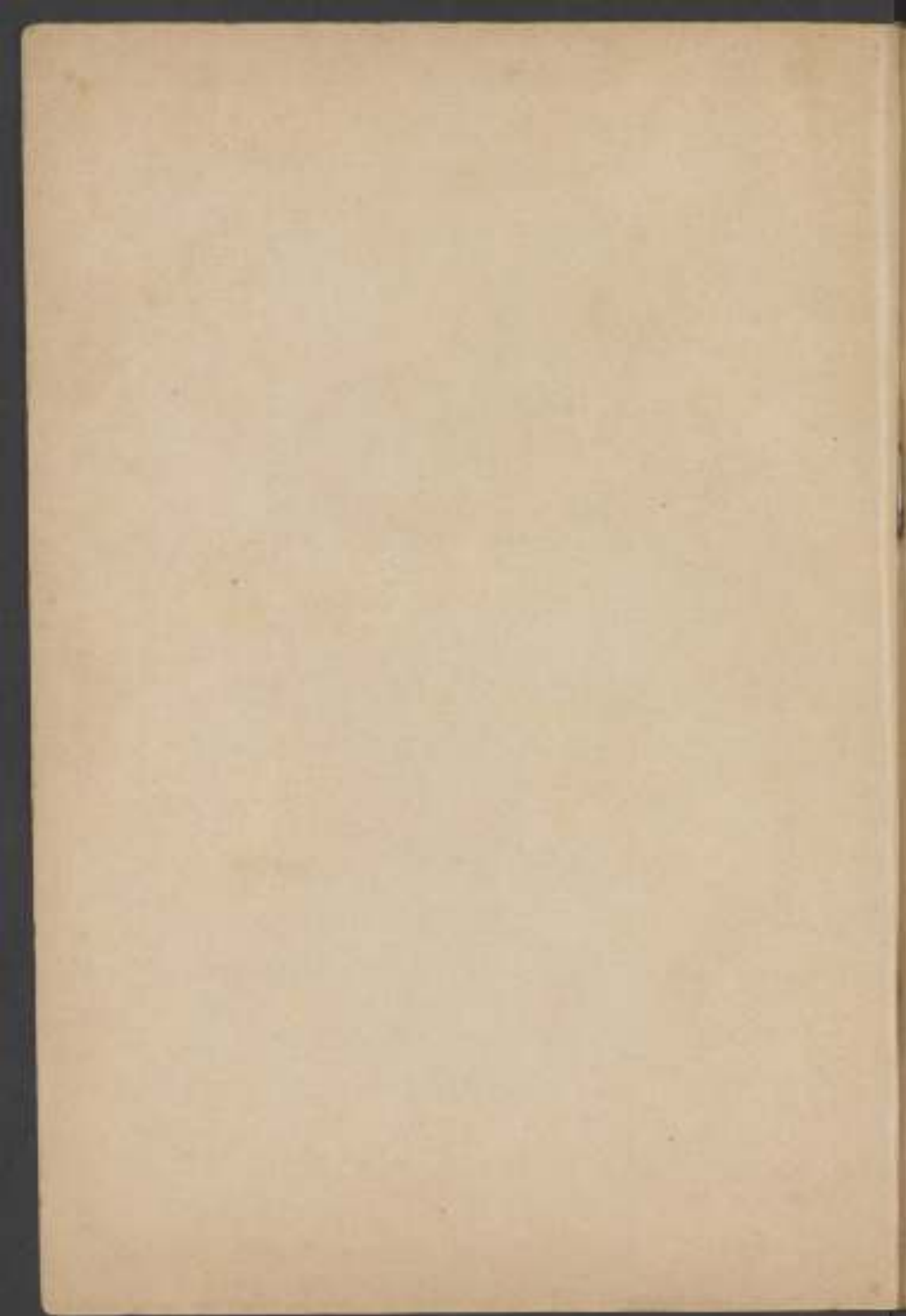
50

CS.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ 40 -  
BARCELONA

ARGUMENTO  
COMPLETO



## EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Marío BISTAGNE

Año I

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, núm. 16 bis  
Teléfono 18551. - BARCELONA

N.º 39

### LA FLOR DE HAWAI

Deliciosa opereta cinematográfica, interpretada por  
MARTA EGGERTH, ERNEST VEREBES,  
IVAN PETROVICH, etc.

Música del famoso maestro PAUL ABRAHAM  
Dirección de RICHARD OSWALD



Exclusivos

**La Sasopi, Sdad. Ltda.**

Pizarro, 55. — VALENCIA  
Córcega, 282. — BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCION

**DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de  
Librería, Diarios, Revistas y  
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barceid, 12  
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 153 - Teléfono 76307

# La flor de Hawai

---

## *Argumento de la película*

---

Una noche dos individuos de aspecto extranjero estuvieron largo rato paseando por una calle solitaria del viejo París. Parecían espiar una determinada casa y al fin, después de misteriosos conciliábulos, se decidieron a entrar en el portal.

—Perdone usted—dijo uno de ellos a la portera de la casa—. ¿Vive aquí la señorita Laya?

—No...

—¿Quiero decir la señorita Susana, Susana Lamond?

—Sí, la señorita Susana vive aquí, pero en este momento no está en casa.

—Dígame, señora; ¿la señorita Lamond está inscrita en el registro de la policía?

—Naturalmente... ¿Son ustedes policías?

—Sí.

—Es una muchacha decentísima que no hace mal a nadie.

—Eso a usted no le incumbe.

—Todas las noches se retira en seguida a su casa en cuanto sale del cabaret.

—¿De qué cabaret?

—Del cabaret Monbijou.

—Bien, gracias.



Y los que se habían titulado policías, se encaminaron rápidamente hacia aquel elegante cabaret donde actuaba el famoso "chansonnier" y bailarín, Jim Boyd.

Se acomodaron en una de las mesas y pronto vieron a la muchacha que buscaban. Susana estaba encargada de vender cigarrillos y flores en el cabaret e iba de mesa en mesa ofreciendo su linda mercancía.

Era Susana una muchacha rubia, bellísima, con los ojos grandes y llenos de una nostalgia suave, que les daba gran interés.

Se acercó a una mesa y ofreció cigarrillos a varios individuos, uno de los cuales habiendo bebido con exceso, quiso coger por el tallo a la linda mujer y abrazarla. Susana, que era una mujercita de intachable moral, le rechazó airada:

—¡Suéltame! ¿Se ha vuelto usted loco? ¡Qué frescura!

Un joven avanzó hacia ella y separó con rudeza al insolente conquistador.

—Haga usted el favor de no molestar a esta muchacha.

—¿Con que derecho?

—Con un derecho que usted desconoce... Venga usted, señorita.

Y cogiéndola suavemente por un brazo, la llevó hacia otro lado del salón.

—Nunca me pasó cosa así—dijo Susana—. Gracias por su intervención.

Y le envolvió en una mirada de profunda simpatía, correspondida por el joven con una suave caricia de sus manos.

Era un hombre elegante, señorial, apuesto, un "gentleman" de verdadera distinción.

Los dos extranjeros habían presenciado lo ocurrido.

—Este Stone viene a estropearnos la combinación. ¿Crees que él podrá...?

—No te preocupes. Mañana no estará en París.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Tú déjame hacer.

En tanto, el gerente del cabaret, a quien el burlado conquistador había ido a exponer sus quejas, fué al encuentro del llamado Stone. Pero éste le alargó severamente su tarjeta.

Leyó el dueño:

*Harold Stone. Capitán-agregado naval a la Embajada de los Estados Unidos, París.*

—Mi capitán, lo siento infinito.

—Gracias. Y espero que aquel señor abandonará inmediatamente el local.

—¡No faltaba más! Voy a ordenarlo. ¡A sus órdenes, señor Stone!

Susana que parecía muy emocionada por haber sido librada como en las comedias blancas por la protección de un apuesto joven, dijo a éste:

—Le repito mi agradecimiento, señor Stone.

—No hay de qué, señorita...

—Susana.

—Bueno, ahora vístase usted y luego iremos a un sitio donde en vez de vender, va usted a comprar cigarrillos.

—No puedo, es que tengo mi tienda.

Y señaló su cajita en la que exponía la mercancía.

—Círrrela. Ya es bastante tarde.

—No puede ser. El público quiere fumar.

—¿No hay quién pudiera encargarse del trabajo de usted?

—Sí. La encargada del guardarropa.

—Vámonos, pues.

Se encaminaron hacia el guardarropa donde Susana hizo entrega a la encargada de su tiendecilla y Stone le dió un billete "para levantar un poco el negocio".

Los dos jóvenes marcharon hacia otro restorán, donde cenaron opíparamente. Susana sonreía ante aquella aventura inesperada y magnífica. Miraba a Stone con una curiosidad casi infantil, en la que sin embargo ponía ya el amor sus primeros destellos.

Hablaron de la vida de ella, e ingenuamente confesó:

—Sé cantar algo y bailar también... Querría actuar en un teatro, pero se necesita mucho dinero para los vestidos y es muy difícil encontrar empleo hoy en día.

—Susana, usted es una muchacha encantadora. La he observado muchas noches en el Mouhijou... Y no se desespere, que todo se arreglará.

—¿Cree usted?

—Yo le procuraré un empleo. Nos hemos hecho muy buenos amigos y seremos mejores compañeros... ¿No es verdad?

—Por mi parte, encantada.

Permanecieron largo rato en el restorán y luego él la acompañó hasta su casa.

Durante el camino se dijeron amables palabras en las que flotaba, pero sin cristalizar aún, la idea definitiva del amor...

Al despedirse le preguntó cariñosamente:

—¿Cuándo volveré a verla?

—Mañana por la noche en Monbijou.

—¿No puede ser antes?

—No. Hasta la vista.

Un cordial apretón de manos y Stone continuó su camino, mientras ella entraba en casa. Físicamente se habían separado, pero espiritualmente seguían juntos, con una misteriosa atracción que unía sus almas en dulce comunión.

Aquella entrevista había sido presenciada por los dos misteriosos extranjeros, alto y corpulento el uno, bajito y nervioso el otro, que parecía obedecer en un todo las órdenes de su compañero.

—¿Qué vamos a hacer ahora?—le preguntó el pequeño.

—Vamos a telégrafos.

Se encaminaron a una oficina, redactó el hombre alto un telegrama para Washington en forma cifrada y lo entregó a la ventanilla.

Después, contentos de su plan, marcharon a su casa, dando ya por terminadas sus gestiones de aquella noche.

\* \* \*

Al día siguiente el capitán Stone recibía un telegrama de Washington, firmado por el Departamento de Estado, en el que se le ordenaba partiera inmediatamente, sin perder un momento, para Norteamérica.

Un surco de contrariedad se retrató en las facciones del agregado.

—¿A qué hora sale el primer avión para Londres?—preguntó a su secretario.

—Dentro de una hora, mi capitán.

—Entonces avise usted que salgo ahora mismo.

Marchaba ya, cuando Stone le volvió a llamar.

—Voy a pedirle a usted un favor. ¿Quiere entregar unas líneas de mi parte?



—Con mucho gusto, mi capitán.

Redactó el joven una carta que decía así:

*Señorita Susana: Tengo que partir inmediatamente para Washington y no me queda tiempo ni siquiera para despedirme de usted. Perdóneme y hasta mi vuelta.*

Suyo,

Stone.

Aquella misma mañana partió el joven diplomático en avión, atento al cumplimiento de su deber, pero con la melancolía de tener que abandonar París, cuando en París estaba aquella muchachita con la que le unía un lazo tan afectuoso.

El secretario de Stone fué a casa de Susana, pero los dos extranjeros rondaban por allí, dispuestos a impedir que la carta, que suponían enviaría el marino a Susana, llegara a poder de ésta. Así, mientras uno de ellos se hacía mostrar por el portero un piso que estaba por alquilar en la misma casa, su compañero quedaba en el umbral de la puerta y provisto de una escoba y de un delantal simulaba ser el portero de la casa.

Engañado por su apariencia, el emisario de Stone le preguntó:

—Portero, ¿en qué piso vive la señorita Lamond?

—En el sexto, pero no está en casa.

—¿Podrá usted entregarle esta carta?

—Sí, señor.

—Muchas gracias.

Apenas se hubo marchado, el falso portero fué a esperar a su compañero en una esquina y reunidos los dos, abrieron la carta, la hicieron a pedacitos y se dispusieron a continuar su misterioso plan.

Días después, los dos camaradas se dirigieron a ver a Jim Boyd, el famoso artista de moda, que actuaba con éxito grandioso.

—Somos los representantes de la Agencia Simpson de San Francisco. Y queremos plantear a usted un negocio.

Les acogió afablemente.

—Señores, soy artista y me interesan siempre tres cosas: ¿Qué...? ¿Adónde...? ¿Y cuánto?

—Vamos a invitarle a usted a una gira artística.

—¿Adónde?

—A América... A Hawai.

—Perfectamente—dijo Jim, sonriente—. Mas para todo negocio hacen falta tres cosas. Primero, dinero. Segundo, dinero, y tercero, dinero.

—Do cientos dólares cada día.

—¡Magnífico!

—Y eso durante dos meses. Y si usted firma ahora mismo, puede cobrar mañana tres mil dólares como anticipo.

—Un momento, señores...

Apresuradamente tuvo que beber unos sorbos de vino, tan emocionado estaba.

—Beba, beba, recobre valor.

—Lo necesitaba.

—Aquí tiene usted el contrato. Sólo le falta estampar la firma.

—Ahora mismo.

—Antes debemos imponerle unas pequeñas condiciones.

—¿Cuáles?

—Es preciso tenga usted una pareja.

—¿Una pareja? ¿Dónde la encontraré ahora?

—No se preocupe. Ya la tenemos.

—Es una chica muy simpática y económica—dijo el extranjero de pequeña estatura que apenas solía hablar.

—Si la paga diez dólares, irá con usted.

—¿Por cada noche?

—Sí.

—No quiero darle más que cinco.

—Bien... eso lo tratará directamente con ella.

En tanto, en la salita del guardarropa, Susana estaba hablando con la encargada. Una profunda melancolía invadía a la muchacha... ¡Había esperado inútilmente a Stane y éste no había comparecido! Como la carta no había llegado a su poder, se creía definitivamente abandonada por aquel hombre que la hizo entrever el azul panorama del ensueño.

—La veo a usted muy triste—le dijo su amigo—. ¿Qué fue de aquel americano que parecía tan enamorado de usted?

—Los hombres todos son lo mismo.

—¿No ha sabido usted más de él?

—No.

Se acercó otro empleado.

—Que vaya usted al camarín de Jim Boyd. Que hay unos tíos que preguntan por usted.

—¿Par mí?—dijo Susana.

—He oído decir que son empresarios.

—¿Pero preguntan por mí?

—Sí, sí, ¿no lo oye?—le dijo la encargada—. Y corra, que puede ser la fortuna que la llama.

Deslumbrada ante aquel llamamiento, Susana se dirigió hacia el camarín de Jim Boyd, pero antes de entrar en él le asaltó una duda. Cuando la viesen con aquel modesto vestido, ¿le harían caso? ¿No sería mejor, por ventura, el llevar un traje elegante?

Ya sin pensarlo más, entró en el cuarto de una de las artistas y fué a escoger un traje de su vestuario. Pero en aquella ocupación la sorprendió la dueña del vestido.

—¿Qué está usted haciendo con mi vestido?

—Permítame que me lo ponga. Mi vida depende de él.

—¿Está usted loca? Retírese de aquí.

—¡Por Dios, señora!

—¡Salga, le digo!

—Si no me presta el vestido, soy capaz de matarla.

Pareció pronto a agredirla, y la artista, entre miedosa y sorprendida por aquella actitud, accedió:

—¡Tómelo!

—¡Oh, gracias, muchas gracias!

Escogió una bellísima "toilette", corrió a vestirse, y a poco, triunfante de elegancia y feminidad, se dirigió al camarín de Jim Boyd, donde éste se hallaba hablando con los dos extranjeros.

—¡Aquí estoy!—dijo, sonriente y nerviosa.

—¿Es ésa?—preguntó Jim, extrañado, pues únicamente la conocía como empleada de la casa.

—Esa es—dijo uno de los forasteros—. Oiga, señorita, ¿quiere usted tomar una copa con nosotros?

—De mil amores.

—¿Le gustaría ir a América?

—¿Yo? ¿A América? ¡No puedo creerlo!

—Sí. Y luego a Hawai. Tendrá usted que cantar y bailar como pareja de Jim Boyd.

—¿Yo como pareja de Jim Boyd? ¿Yo a Hawai?

Y miró con extrañeza y emoción al "chansonnier", que también la contemplaba receloso y desconfiado. ¿Cómo era posible que ella fuera su digna pareja?

—Y ganará usted diez dólares por noche.

Jim protestó:

—Ganará usted cinco. A una principiante no se le pueda dar más.

—¿Yo una principiante?

Le miró con indignación mientras los dos extranjeros sonreían...

—¿Acaso es usted una estrella de primera?

—Yo no soy ninguna telonera. Fijense ustedes.

Y con una gracia única, verdadero tesoro que tenía oculto y que ahora hacía magnífica explosión, comenzó a cantar:

*Nunca estuve tan contenta  
ni con tantas ganas de gritar.  
Mi sangre enloquece y se altera  
con una gota de champañ.  
Todo da vueltas a mi cabeza.  
Tengo ganas de besar. ...  
Me arde en las venas la primavera.  
La rubia primavera del champañ.  
Porque nunca estuve tan contenta,  
ni con tantas ganas de gritar.*

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso!—le dijo Jim Boyd, felicitándola sinceramente y con la satisfacción de poder tener a tan buena artista por compañera.

También los dos empresarios la felicitaron y a los pocos momentos Susana y Jim Boyd firmaban el contrato...

—Jim Boyd—dijo uno de los extranjeros—. Todo el teatro estará pendiente de usted.

—Mi querido amigo, lo que está pendiente de mí, es un anticipo de tres mil dólares.

—Mañana lo tendrá.

Se escuchó el champán... Una frenética alegría les invadía a todos. Susana creía estar soñando... pero aun le parecía ver la imagen de Stone que se desvanecía como un ensueño más. Mas ahora había una realidad bella y palpitante: aquel contrato que,



de manera tan misteriosa, tan incomparable, la llevaba lejos, hacia las tierras poéticas de Hawaii, que ella adoraba...

\* \* \*

Un barco había atracado en las playas maravillosas de Hawaii, delicioso paraíso del Sur, donde las mujeres salen a recibir a los viajeros brindándoles collares de flores...

Divinos mares del Sur, cuya visión es, como aseguraba el poeta, una de las tres cosas que no se olvidan nunca. Las otras dos son un amanecer y el primer amor.

Una multitud entusiasta, sonadora, había ido a esperar a su príncipe, antiguo señor de la dinastía desterrada, que ante la visión incomparable de las playas flanqueadas de palmeras, de aquel mar transparente donde flataban con misteriosa luz todos los colores, rompió a cantar con una emoción indescriptible.

*Mi patria a orillas del mar  
es un paraíso encantador,  
donde se mece la palmera  
al sonido del banjo.  
Todo convida para el amor.  
Un paraíso es nuestra patria.  
Un paraíso a orillas del mar.  
El corazón se duerme con el banjo  
y con el banjo se pone a soñar.*

El príncipe puso luego pie a tierra. Y las aclamaciones y los vitores se sucedieron incesantes ante la presencia del soberano, hombre joven, de mirada apasionada y ardiente como la llama de su corazón.

—¡Príncipe Lilo Taro! ¡Bienvenido en la patria! ¡Bienvenido!

En tanto, en la mansión del gobernador general de Hawaii reinaba el silencio pegajoso de las largas horas de calor.

Buffy, el joven secretario del gobernador, entró en el despacho de éste.

Se acercó a la mesa. El gobernador tenía oculto el rostro bajo el periódico desplegado.

—Señor gobernador, señor gobernador, tengo que hablar con usted.

Era Buffy un buen muchacho, de temperamento tranquilo y algo huido, pero de sencillo y honrado corazón.



Tras el periódico apareció sonriente la cabecita de Betasy, la linda y pizpireta sobrina del gobernador, y de quien Buffy estaba locamente enamorada.

—¿Qué hay, Buffy?

—Perdóneme usted, señorita Betasy. Tengo que hablar al gobernador por asuntos de servicio.

—Pero, Buffy—contestó riendo, con su alegre carácter, la muchachita—. No me haga usted reír. ¡Usted y en un asunto de servicio!

—¡Palabra de honor!

—Mi tío está hecho un sorbete.

—¿Qué le pasa?

—Mire usted. Está durmiendo. Venga.

Le señaló un lugar del jardín donde se hallaba sentado, protegido por un espeso toldo, y teniendo sobre sus rodillas una caja con varios trozos de hielo, el honorable gobernador de la isla.

—No le despertemos aún—dijo ella—. Oigame, Buffy. Usted que es su secretario, ¿no sabe usted por qué me hicieron venir a Hawai?

Buffy sonrió:

—El señor gobernador tiene la intención de que usted se case...

—¿Quién desea casarse conmigo?

—¿Quién no lo desearía?

—Usted que lo sabe todo, ¿no sabe usted quién será él?

—Pues... un muchacho amable, simpático, guapo, listo...

Y a punto estaba de señalar su propia persona en la que creía ver reunidas todas aquellas cualidades.

Pero Betasy, muchachita coqueta, que aunque en el fondo le gusta Buffy, no tomaba nada en serio, contestó:

—Entonces sirve para marido.

—¡Ya lo creo!

Y llevada de su carácter bullicioso, cantó, y balló, acompañada por Buffy:

*Un hombre para mí tiene que ser  
como un cocktail dulce y amargo,  
un poco listo y un poco tonto,  
bastante sinvergüenza y... muy honrado.  
En fin, una mezcla bien hecha.  
Bastante sinvergüenza y muy honrado.*

Buffy la interrumpió alegremente:

—¿Tanto...? Entonces quedará usted contenta.  
Muy pícarona, prosiguió:

*tiene el hombre que ser  
para que me guste del todo y para que  
del todo me pueda entloquecer. ...  
Carifuso y brutal al mismo tiempo.  
Que se enfade si voy al cabaret  
y luego que me crea si le digo  
"Guapo mío, nunca te he sido infiel."  
Como un cocktail dulce y amargo  
el hombre que me guste habrá de ser.*

Las voces y risas despertaron al gobernador y fueron sonrientes a su encuentro:

—¿Cómo podéis bailar con este calor?

—Señor gobernador, en cuanto yo cuente a usted lo que tengo que contarle, bailará usted también.

El gobernador era un hombre lento, sossegado, apacible, cauto diplomático, que nunca se alteraba ni ante los motivos más graves.

—¿De qué se trata?

—Pues... de que el príncipe Lilo Taro acaba de desembarcar.

—¡Estupendo!

—Pero...

El gobernador daba muestras de satisfacción. Betsy preguntó:

—¿Quién es ese príncipe Lilo Taro?

—Un hombre encantador que a buen seguro te gustará.

—Señor gobernador, la llegada del príncipe parece indicar que los hawayanos preparan algo contra nosotros.

El jefe se echó a reír.

—Ya ves, Betsy; Buffy es un muchacho simpático, bien educado, rico...

—Una mezcla bien hecha, ¿verdad?

—Sí, pero tonto. Está viendo espectros en pleno día. Cuando conquistamos Hawái, desterramos a la familia real... Mira, Betsy, ¿ves aquello?

Y señaló un viejo palacio con algo de castillo feudal, cuyas torres sobresalían cerca del mar.

—¡Qué casería más raro!—dijo la joven.

—Es el palacio de los antiguos reyes de Hawai. Solamente una vez al año está abierto. El día de la fiesta de la reina de las Flores. Nadie puede entrar en él durante el resto del año... Y nada temas, Buffy, sé muy bien cómo prevenirme contra cualquier acontecimiento.

No estaba tan segura de ello el secretario, pero deslumbrada con la sonrisa de Betsy, se olvidó pronto del peligro.

Y sin embargo, estaba en lo cierto al temer graves alteraciones.

Los magnates de Hawai se habían reunido alrededor de su príncipe, en cierto sordido subterráneo.

—Lilo Taro—le dijo uno de los personajes, después de rendir devota saluda a un gran ídolo que presidía la reunión—, ha llegado el momento de librar a Hawai de los americanos y tú tienes el deber de ayudarnos.

El príncipe inició un gesto de desaliento. Sólo ante los deseos de sus partidarios había accedido en pisar la tierra de Hawai.

—Pero, ¿qué podéis hacer contra los barcos de guerra de los Estados Unidos?

—Queremos tener nuestra libertad, queremos tener nuestra reina.

—La reina no vendrá nunca.

Uno de los magnates, que no era otro que el forastero de elevada estatura, que en París seguía la pista de Susana Lamond y el que había contratado a la machacha, exclamó:

—Sí, vendrá. La hemos encontrado en París.

—Sí... en París la hemos encontrado—ratificó su enano acompañante.

—Ya viene en camino de Hawai. Ya no tardará mucho.

Eso es maravilloso... y triste... porque jamás podré coronar mis sueños.

—Nosotros te ayudaremos, príncipe, nosotros te hemos de ayudar...

Pero el príncipe se separó de sus partidarios no decididamente convencido de que fuera a llegar la ideal princesa que Hawai libre necesitaba...

\* \* \*

En el trasatlántico que navegaba con rumbo a Hawai se re-

cibió una orden del almirante de la escuadra norteamericana para que parara dentro de unos minutos, a fin de recoger a un oficial que iba en misión diplomática a la isla.

Entre el numeroso pasaje que iba hacia las fragantes islas del Sur, estaban Susana Lamond y su compañero Jim Boyd, quienes después de haber actuado con éxito en América iban a dar unas cuantas funciones en las afortunadas islas del Sur.

—Susana—le dijo aquella tarde su compañero de baile—, no la comprendo. ¿Por qué está usted tan triste siempre?

Ella, que pensaba en Stone, sonrió melancólicamente y se excusó:

—Es que pienso que no soy tan artista como usted.

—¿Qué tontería! Usted es una excelente pareja, Susana.

Y para animarla, comenzó a cantar:

*En mi habitación de soltero  
Tengo una muñeca en un diván.  
Me gusta porque se te parece,  
Tiene el mismo modo de mirar,  
Tiene un vestidito de seda  
Y unos zapatos de tisú.  
Me gusta porque es elegante,  
Elegante y bonita como tú.  
En todo la muñeca linda  
Cuando la miro recuerda a ti.  
Tiene unos ojos admirables,  
Y el corazón un poco de serrín,  
En todo, en todo se parece a ti.*

Ella simuló distraerse con esa canción, pero en el fondo una serie de circunstancias la entristecían grandemente... Recordaba que de pequeña había estado en aquella tierra de Hawai, de donde tuvo que salir en circunstancias dolorosas... Y esos recuerdos de la niñez eran como puñales que se clavaban en su corazón.

Entretanto, el trasatlántico se había detenido para dejar subir a bordo al capitán Stone, que se había trasladado desde un destructor en vigilancia por aquella costa.

El bravo capitán saludó afectuosamente al comandante del buque.



—Siento detener el barco, pero mis asuntos no tienen espera.

—Estamos para servir a nuestro Gobierno.

—Gracias. Necesito saber si hay alguna hawayana entre las listas de pasajeros.

—Creo que no. Pero vamos a consultarlo.

En la relación de viajeros no figuraba ninguna natural de los países del Sur. Pero Stone, a quien parecía interesar extraordinariamente aquel asunto, insistió:

—Tengo que ver a todos los pasajeros. Pida sus pasaportes para mañana.

—Tomo nota de ello. Pero, en tanto, voy a llevarlo a usted al bar, donde podrá ver a la mayoría de los pasajeros.

—Muchas gracias.

Se dirigieron al bar y de pronto el capitán Stone descubrió a Susana, que estaba con Jim Boy.

—¡Susana!

—¡Stone!—exclamó ella con una emoción profunda.

—Capitán, dispénsame un momento; es una conocida de París.

Ella se había separado de Jim y miraba a Stone con la alegría de la ilusión que vuelve y que aun no nos atrevemos a ver convertida en realidad.

—Susana, ¿qué hace usted aquí? Estoy sorprendido...

—¡Bah! No debe usted acordarse ni del santo de mi nombre.

—No me guarde usted rencor, Susana; tuve que salir improvisadamente.

—No le creo.

—Un telegrama me llamó a Washington y todavía no sé quién lo falsificó.

—Pero podía usted haberme escrito dos líneas.

—Le escribí a usted y esperaba una contestación, una carta o un recado.

—¿Usted me escribió?

—¿No recibió mi carta?

—No...

—¡Qué mala suerte! ¡Cómo habré quedado ante sus ojos! Y yo que no he tenido otro pensamiento que usted. Por suerte, el destino ha querido reunirme otra vez... y tan lejos de París. Y ¿qué va usted a hacer en Hawái?

—¿No sabe? Soy la compañera de Jim Boyd. Actúo también.





... ofreciendo su linda mercancía,



—Se center algo y bailar también...



—Yo le procuraré un empleo.



...actuaba con éxito grandioso.



—Tengo que hablar al gobernador.



—... dispénsame un momento; es una conocida de París.





—Ya sabía que tenía usted condiciones para subir. ¿Y cuánto tiempo va usted a quedarse en Hawai?

—Nuestro trabajo es de quince días. ¿Y usted?

—No sé...—dijo ocultando el objeto de su viaje—, tal vez también por quince días... tal vez por más tiempo.

—Yo creí que estaba usted de vacaciones.

—Me lleva un asunto oficial.

Subieron a cubierta. Era ya de noche. La luna bañaba el mar. Se miraron conmovidos, como novios que van a confesarse su amor por primera vez. Apenas sin trato, apenas sin haberse hablado, sentíanse mutuamente fascinados en una íntima y deliciosa comunión.

El entonó alegremente un himno:

*El aliso pasa por tu mejilla  
Y te acaricia porque eres tú.  
Se acerca Hawai y ha de gustarte  
Amarte bajo el cielo azul.  
El mundo entero pondré a tus pies,  
Porque eres tú, porque eres tú,  
Y en las estrellas está escrito  
Que nos amemos bajo el cielo azul.*

Y la canción fué rubricada por besos, que hubieran durado toda la noche, de no haber tenido que actuar Sumana en el propio barco, magnífica atracción que hacía de la jornada en el mar algo inolvidable, que siempre se recordaría con fascinación.

\*\*\*

Habían desembarcado ya en Hawai. A poco de haber llegado el capitán Stone, lo hacía una sección de marineros en un barco de guerra que acababa de recibir órdenes urgentes para que no se moviese de la isla.

El capitán, con el gobernador de la isla y su secretario, pasó revista a los marineros, que luego desfilaron ante ellos cantando alegres canciones:

*Tenemos la vida en el mar.  
Preciosas mujeres que vienen a nuestros brazos  
Y que cuando partimos no saben olvidar*



*El dulce mundo de nuestros abrazos.  
A las muchuchas doy consejos sabios:  
No lloréis y aprended a olvidar,  
Si nos ramos de vuestros labios... es  
Es porque somos gente de mar.*

El gobernador estaba encantado.

—Capitán Stone, los muchachos de usted son magníficos... Y le agradezco mucho la protección que nos dispensa, pero creo que está usted viendo espectros.

El capitán hizo una mueca de contrariedad.

—Señor gobernador, tenemos informes seguros de que los indígenas de Hawái están preparando un golpe contra nosotros.

—Pero, mi querido Stone, una revolución con este calor...

—Hoy se celebra la fiesta nacional de Hawái y no es ninguna casualidad que el príncipe Lilo Taro haya llegado hace pocos días, y la princesa Laya tenga que venir de un momento a otro.

El gobernador no dejaba de lado sus optimismos.

—La princesa no ha llegado aún, y en cuanto a Lilo Taro, puede usted confiar en mi diplomacia... He contado siempre con el regreso de la princesa y no me sorprenderán los hechos.

—Bien, bien, pero no estará de más que viva precavido.

En efecto, entre los hawayanos vibraba un intenso deseo de libertad y volvían de nuevo cerca de su príncipe a hablar de la necesidad de la reconquista.

—Ha llegado la hora de la libertad para Hawái. Vienen gentes de todas las islas.

Pero el príncipe, que había vivido en América, parecía alejada de toda aventura bélica. Sus ojos tristes se posaron en el cercano mar y murmuró:

—En el puerto hay varios barcos de guerra americanos. Y vendrán más. Conque es preferible que no hagamos nada.

—¿Qué importa ello? Todo está preparado para nuestra liberación.

—No lo creo así.

Y sus ojos contemplaron angustiosamente la imagen de su dios, como pidiéndole luz para las horas graves que se acercaban.

En tanto, en el palacio del gobernador se preparaba una fiesta

para aquella noche, a la que había sido invitado el príncipe, que tenía autorización para residir en el país.

El gobernador, risueño, preguntó a su secretario:

—¿Todo está preparado?

—Sí, señor gobernador.

—¡Magnífico!

Se alejó el gobernador, y Buffy, que era aficionadillo, siempre que podía, a libar algún licor, bebióse un whisky... Y en tal momento le sorprendió Betsey que, sonriente, le pidió también una copita, y los dos, animados por la alegre chispa del vinillo, comenzaron a bailar. Y él cantó, siempre dispuesto a la declaración amorosa:

*Mi mujercita encantadora,  
Reina de mi corazón,  
Para ti, gran seductora,  
Vivo y hago esta canción.  
Eres mi amor,  
Eres mi sol.  
Por Dios,  
Mujercita encantadora,  
Que reñas en mi corazón,  
Para ti, bella encantadora,  
Tengo un sólo esta canción.*

El gobernador les llamó, sonriente:

—Cuando terminéis, podréis venir aquí, ¿verdad?

Corrieron hacia él.

—¿De qué se trata, tío?

El gobernador carraspeó ligeramente, miró al secretario y luego dijo a Betsey:

—Se trata de tu porvenir. Debes casarte.

—Conforme, tío. Casarme es un pasatiempo muy agradable.

—¡Pero, Betsey, el matrimonio es una cosa sagrada!—indicó Buffy, creyendo que el gobernador se iba a referir a él en sus propósitos de casamiento.

—He escogido una persona para ti—continuó el tío.

—¿Sí?

—Un perfecto caballero, joven, guapo, rico, en una palabra, una mezcla bien hecha.

Buffy sonrió, creyendo que de un momento a otro iban a ahorrarle. Y murmuró risueño:

—¡Cállate, corazón!

—Y algo muy importante, Betsy, serás princesa.

—¿Princesa?

Buffy palideció y ella pestañeó asombrada.

—Sí; serás la princesa Lilo Taro.

—Conforme; tome la opción—indicó ella con la alegría de la inesperada aventura.

—¡Y yo voy a tomar veneno!—rugió Buffy, desesperado.

—Buffy, contento—le indicó, coqueta y zalamera.

El gobernador le sujetó cariñosamente.

—Un momento, Buffy. Es usted un buen muchacho, pero no es diplomático.

—Pero...

—Venga.

Fueron a su despacho y el gobernador prosiguió:

—¿Sabe usted por qué quiero casar a mi sobrina con un príncipe?

—No llevo a comprender...

—Pues para quitar todo fundamento a las aspiraciones de libertad de Hawai. Así impedimos que se case con esa princesa, prima lejana suya, que es la legítima reina del país, ¿comprende?

—Sí.

—La patria pide a usted este sacrificio.

—La mía es una profesión muy dura, señor gobernador.

—Sí, pero es una profesión muy bella, señor secretario... Tome, bebamos unas copitas.

Bebieron unos "cock-tails", y Buffy, melancólico, ahogó en la mezcla del buen licor la pena que le embargaba.

\*\*\*

Por la noche, los salones de la residencia se abrieron para el príncipe y numerosos invitados.

Su Alteza llegó a media noche, un poco pálido y nervioso. El gobernador se deshizo en fiestas.

—Alteza, es un honor para mí poder saludarle en mi casa.

—Gracias.

—Con su permiso voy a presentarle a mi sobrina Betsy.

Llamó a su sobrina que se hallaba departiendo con Buffy.

—¡No vaya!—le advirtió el secretario—. Le digo a usted que es un salvaje y muerde.

—No tengo miedo.

Betsy era una muchacha coqueta por temperamento, que sentía verdadera predilección por Buffy, pero que no se decidía demasiado a tomar en serio su amor. La idea de ser princesa le había seducido ahora ligeramente, como una aventura bonita, pero convencida de que se trataba de algo irrealizable... De saber que la cosa iba en serio, no se prestaría a la broma. Pero le gustaba seguir ahora la corriente de su tío, para divertirse con los celos de Buffy.

Entre los invitados se encontraba el capitán Stone que se hallaba hablando con varios amigos.

De pronto anunciaron la llegada de la célebre pareja de baile formada por Susana y Jim Boyd, que iban a actuar en la fiesta con sus magníficas creaciones.

Al ver a Susana, Stone se dirigió a su encuentro con aquella emoción que invariablemente le invadía al hablar con aquella mujer.

—Susana... Jim. ¿Cómo están ustedes?

—Muy bien, ¿Stone, cuánto me alegra verle aquí!—dijo ella.

—Soy feliz de estar con usted.

—Yo actuaré ahora con más arte.

—Ella siempre me habla de usted, Stone.

—Y yo tengo el pensamiento en ella.

Mientras tanto, el gobernador había presentado su hija Betsy al príncipe y luego se había marchado discretamente con el deseo de dejarlos solos.

Quedaron los dos un momento silenciosos, hasta que ella, atrevida siempre, rompió a hablar.

—¿Sabe, príncipe? En el fondo me ha desilusionado usted. Su Alteza la envolvió en una mirada caríflora, pasional.

—¿Pues...?

—Yo tenía otro concepto de un príncipe de Hawai.

—En cambio no me desilusionó usted en lo más mínimo.

—¿No?

—Exactamente. Así me imaginaba a una señorita de Nueva York.

—En confianza—continuó ella, a quien el príncipe le había



resultado simpático, aunque bien lejos de querer ser su esposa—, ¿cuántas mujeres piensa usted tener?

Su Alteza, que contemplaba distraído a los invitados, quedó con los ojos fijos en el grupo que formaban Stone y Susana, y miró a ésta con una delectación verdaderamente amorosa.

—Los tiempos son malos y me tendré que conformar con una.

—¿Ya la encontró?

—Creo que sí.

Y avanzó hacia Susana con cierto aire de hipnotizado por la deslumbrante luz de una mujer.

El gobernador fue a su encuentro y a ruegos de Su Alteza, le presentó a los artistas.

Su Alteza contempló con honda ternura a Susana y besó sus manos con una devoción religiosa.

Conocía a aquella mujer por retratos que le habían mostrado sus partidarios. Era la verdadera reina de Hawái, con la que querían casarle. Y su corazón experimentó una emoción vivísima al besar la piel dorada de la bellísima muchacha.

Ella le miró con cierto temor. Un hondo secreto invadía el alma de Susana. Sabía por habérselo oído decir a algunos de sus familiares, que era la última descendiente de la dinastía de Hawái, aunque jamás soñó en poder recobrar el prestigio de otros tiempos. Allí en París, cuando por azares de la fortuna se vió obligada a vender cigarrillos en un cabaret, nadie podía creer en ella a la descendiente de un rey. Ella misma tampoco quería acordarse de ese origen y sólo desde que se encontraba en Hawái, en su alma flutaban nostalgias misteriosas como una fuerza atávica que pretendiese resucitar.

Ante el príncipe se conmovió sin atinar el verdadero motivo y estuvo escuchando con agrado las frases veladas de ternura y de emoción que Su Alteza le dirigía, frases en las que palpaba un deseo de amor.

Stone y Buffy contemplaban un poco disgustados la suave entrevista de la pareja y no se mostraron satisfechos hasta ver que Susana se separó del príncipe para actuar con Jim Boyd.

La fuerza del arte volvió a dominar a Susana, quien comenzó a bailar mientras Jim Boyd cantaba:

*Rubias, trigueñas, morenas,  
muchachas divertidas y simpáticas.*

*que me enseñen sus piernas  
con la seda de su piel dentro  
de la sutil media de seda.  
Señores; sólo la vida es agradable  
entre muchachas rubias y morenas  
que tengan una cara graciosa,  
que sean elásticas y esbeltas.*

Después de la actuación de la pareja, el príncipe abandonó la casa excusándose de que tenía que hacer.

Vino luego un número sensacional que Buffy había contratado. Era un troupe de fakires que se disponía a realizar sus atrevidas actuaciones. La fiesta tendría lugar en el jardín.

El principal fakir dejó un gran cesto en el suelo. Luego se dispuso a comenzar sus experimentos ante la concurrencia curiosa.

—Es preciso que alcancen entre aquí—dijo el fakir, destapando la amplia cesta—. Cualquiera de ustedes. Usted mismo, señor.

Y señaló a Buffy que se excusaba un poco temeroso.

—Vámonos, parece que tiene usted miedo.

—Ni hablar de eso. Voy allá.

En medio de la general expectación, Buffy se metió en el cesto, lo cubrieron con la tapa, tendieron un tapiz sobre él, al cabo de pocos momentos volvieron a destaparlo... y estaba vacío.

—Ya desapareció.

Todo el mundo lanzó una exclamación de sorpresa como ante un milagro. Pero entonces se dejó oír la voz alegre de Buffy.

—¡Aquí estoy!

Todos los invitados le vieron sentado en la copa de un árbol que se levantaba a algunos metros de distancia.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!

El experimento había resultado interesante y fué colmado con grandes aplausos. A continuación el fakir invitó al gobernador a repetirlo.

—No, gracias. Hace mucho tiempo que no he subido a ningún árbol.

—Pues entonces, una señora, si les place a ustedes: una señorita hermosa.

Sus ojos se posaron sobre los concurrentes y quedaron fijos en Susana.

—Usted misma, señorita... Es usted la ideal.

Ella vaciló, pero Stone apretó con repentino temor su brazo.

—Susana, no lo haga usted.

Mae Buffy, cándidamente, intervino:

—No tema, capitán... Es gente de mi confianza... Los he contratado yo.

—No, no, no me gustan estas cosas.

—Stone, está usted viendo espectros como siempre—murmuró el gobernador.

Susana, llevada de una fuerza oculta, se dirigió hacia el fakir y metióse en el cesto. Lo cubrieron con un tapiz muy amplio, como una gran cortina. Varios indígenas dieron unas cuantas vueltas y se llevaron el tapiz, manteniéndole extendido como si ocultara algo...

También el fakir se alejó, y quedó abandonada en medio del jardín el cesto de mimbre.

Hubo un silencio impresionante. Stone, temeroso de algo terrible, corrió a destapar el cesto y lanzó un grito de desesperación, mostrando a los concurrentes su interior vacío.

—¡No hay nadie! ¡Ha desaparecido!

Estas palabras produjeron inmensa sensación. Algunas personas miraban a los árboles, creyendo ver allí a la artista. Pero ésta no daba señales de vida.

—¡Que no salga nadie del jardín!—gritó Stone—. Que oquen todas las salidas.

—¡Si no puede ser! ¡Es mi pareja!—murmuraba Jim Boyd.  
—¡No puede desaparecer así como así!

—¡Calma, calma, calma!—decía el gobernador.

—Señor gobernador, eso fué un truco. Han raptado a esa mujer.

—Mi querido Stone—dijo el gobernador con su invariable tranquilidad y optimismo—. Usted está viendo espectros. Primero, un motín; después, un rapto de mujer. Es usted un verdadero marino.

—Temo algo terrible.

—Pregunte usted a Buffy por la señorita Susana. Los fakires son de su gente.

En aquel momento volvía Buffy, dando muestras de tristeza. En ninguna parte encontraba rastro de Susana.

—Y decía usted que los fakires eran gente fiel—murmuró furioso.

—La habrán comprado. Es terrible eso. ¿Qué debemos hacer?

—Buscar a esa mujer por todos los medios. Es preciso, señor gobernador.

—Bien, bien... Pero sin alarmas.

Y, suspendida la fiesta, se estudió un inmediato plan para librar de sus raptos a Susana.

Stone creía tener una pista segura. ¡Oh! ¿No sería Susana la soñada reina de Hawai? En ella había algo de misterio, de pasión, de perfume exótico. Indudablemente lo era... Y en la lucha por reconquistarla, pondría todo su esfuerzo, no sólo de patriota, sino también de enamorado.

\* \* \*

El gran salón del antiguo palacio real estaba lleno de la multitud indígena, llena de respeto ante la presencia del príncipe y de la princesa.

Una vez al año, en tal día, tenían los indígenas derecho a reunirse en aquel lugar, y ahora la aprovechaban para rendir homenaje a sus monarcas.

El príncipe Lilo vestía a la usanza de aquel país, con sus atributos reales... Contemplaba lleno de emoción a Susana, en cuya alma había un temor y una protesta contra aquella gente que, siendo de su raza, jamás había constituido nada de su vida.

—¿Qué queréis de mí? ¿Dejadme ir! ¡Quiero irme!—murmuraba.

El príncipe pareció arrullarla con el incienso poético de sus palabras.

—¿Conoces aquel monte del que eternamente sale humo? ¿No lo recuerdas? ¿No recuerdas las palmeras de tu patria? ¿No recuerdas el mar?

Y cantó, con un ritmo que hablaba de patria y de destierro:

*Hace muchos años que te fuiste,  
Muchos años que te queríamos,  
Flor de Hawái, encontrar.*

Ella, fascinada, respondió, evocando recuerdos que parecían dormidos:



*De niña crucé este mismo mar,  
Ful a los países ajenos,  
Me quedé sola en el mundo y llorando,  
Tenía que reírme y cantar.*

El príncipe besó sus manos.

—Pero te hemos encontrado, te hemos vuelta a nosotros y a tu pueblo. Sí, princesa.....

*Flor de Hawai, único sol  
Si tú me amas, tendrás mi amor,  
Llevarás corona de oro,  
Y tuyo ha de ser  
Lo que en mi reino hay,  
Flor de Hawai,  
Mi corazón es tuyo, mujer...*

Pero tuvo que interrumpirse, cuando ya tenía fascinada por su misterioso poder a la princesa, al oír recios golpes en la puerta.

Eran los marinos que, mandados por el gobernador y por Stone, se disponían a echar la puerta abajo.

A una orden del príncipe, les franquearon la entrada, y penetraron el gobernador, Stone, Buffy y varios marinos.

El brazo del príncipe se extendió hacia ellos.

—Ninguno de vosotros puede entrar aquí. Hoy es el único día del año en que el castillo de nuestros mayores es nuestro.

El gobernador sonrió:

—No pretendemos quedarnos.

Y mirando a Susana, que iba con floridas guirnaldas, agregó:

—Señorita Susana, es usted la reina de las flores más bellas que he visto.

—Se equivoca usted, señor gobernador—dijo el príncipe acercándose a la joven—. Se halla usted ante Laya, la reina de Hawai...

Susana estaba pálida, casi oro sus mejillas. Miraba a Stone con deseos de mujer enamorada, pero tenía miedo al príncipe y a su gente y se sentía atraída también hacia éstos por los lazos misteriosos de su origen de raza. Se debía a las gentes de Hawai, pero, ¡ay, perder lo que había amado!

Lilo miró gravemente al gobernador:

—Señor gobernador. Devuelva usted a Hawai su libertad. Debemos ser libres, gobernarnos nosotros mismos.

Aquella pretensión hizo sonreír al representante de Norteamérica que, sin alterarse en lo más mínimo, manifestó:

—Mi querido príncipe, por mi parte, lo haría con mucho gusto, pero ¿qué quiere usted de mí? Yo no soy más que un modesto funcionario.

Stone miró a Susana y dijo con acento de repulche:

—Pero, ¿entonces ha venido usted por esto a Hawai?

Fué ella a contestar, pero el príncipe la interrumpió:

—Susana no sabía nada de eso. Fué el pueblo de Hawai quien la llamó. Que reclamaba su reina. Yo tuve que ceder ante las imposiciones de mi país.

—Es imposible, príncipe. Nuestros barcos de guerra están en el puerto. La guarnición está en estado de alarma. Usted comprenderá que su plan es irrealizable.

—Pero...

—Sí. A menos que usted quiera tomar esta broma de coronación por un motivo para derramar sangre. Capitán Stone, lea usted su orden.

Profundamente emocionado por todo lo que estaba ocurriendo y por la inesperada personalidad con que veía revestida a la mujer que adoraba, el capitán leyó la orden que le habían entregado en Washington.

*En el caso de coronar a la princesa Lila, deténgase a ésta y entréguese en la prisión nacional de San Diego. Usted responde con su persona de la ejecución estricta de esta orden.*

El Ministro de Marina.

La princesa bajó los ojos. Su alma se iba hacia Stone, pero un terror impulsivo y la fuerza de la sangre la obligaba a proseguir allí. Sus ojos tristes acariciaron a Stone con verdadero amor.

—Invito a usted a renunciar a la corona—dijo el gobernador.

—¡No!—respondió el príncipe Lilo.

Hubo un gran rumor entre el gentío indígena, pero oyóse como un ruido de armas de la marinería, pronto dispuesta a defenderse.

—¿Renuncia?

—¡No!—repitió.

—Bien. En este caso, capitán, cumpla usted con su obligación. Detenga a Susana.

Momento impresionante. Vaciló el bravo marino. Pero los ojos de amor con que ella le miraba, pudieron más.

—Señor gobernador, yo no puedo detener a esa mujer.

—¿Cómo? Le mando por segunda vez que cumpla con su deber.

—No.

—Queda usted detenido.

Y dirigiéndose a Susana, añadió con inesperada energía:

—Princesa, el palacio queda bajo custodia. Le concedo una hora para reflexionar. Si usted no ha firmado la abdicación dentro de una hora, ordenaré su traslado forzoso. Lo siento mucho, pero con mis instrucciones. Hasta después.

Y marchó, seguido de toda su gente. Stone iba cabizbajo y no vió la mirada de hondo cariño con que Susana le envolvió.

Buffy felicitó a su jefe:

—¡Señor gobernador, esto sí que lo hizo usted a las mil maravillas! ¡Es usted un hacha!

—No fué más que un disparo de alarma, mi querido Buffy. Y ahora haga usted vigilar todas las salidas de palacio.

—¡Estupendo! Tiene usted unas ideas colosales.

—Que nadie salga.

Stone fué a cumplir su arresto en el barco de guerra, y Buffy quedó de vigilancia para que nadie saliese de palacio.

¿Qué iba a ocurrir? ¿Vendría la guerra? ¿Hablarían las armas? En una hora, hora de fiebre y de intensidad, todo habría de decidirse.

\* \* \*

Poco a poco, Susana, la princesa Laya, pareció volver de su sueño y volar lejos de las nubes de idealismo y fascinación en que había vivido unos instantes.

Volvía a recohrar su personalidad. La misteriosa ansia de ser princesa, que por un momento la había enloquecido, haciéndole pensar en las delicias del trono, se extinguía rápidamente.

No. Ya no mandaban en ella sus mayores. Su vida era otra: París, América, el arte, el amor... Todo esto que iba a perder si aceptaba el trono de sus padres. Y explicó al pueblo la determinación de abdicar a fin de evitar ríos de sangre y víctimas inocentes. Y el príncipe Lilo, que si por un momento había cedido a la voluntad monárquica del país, siempre se había mostrado

contrario a restablecerse en el trono, encontró acertada esta solución.

Tuvieron todos un gran desencanto al enterarse, pero había que respetar la suprema voluntad real.

El príncipe contempló a Susana con tristeza, lamentando perder, más que a la futura reina de Hawái, a la mujer por quien había sentido una pasión vibrante. Timidamente, aunque sabiendo que ella no le haría caso, entrevió aquel drama de amor, y ella contestó con una canción muy suave:

*Sólo a quien amo me he de entregar,  
Besar sin fiebre y sin amor  
Es vivir una primavera sin sol,  
Una primavera sin sol,  
Pero mi corazón a tu lado no canta,  
Como un corazón enamorado.*

El príncipe la interrumpió:

*Me iré entonces muy lejos con este noble amor...*

Susana volvió a cantar:

*Besar a un hombre sin amor  
Es vivir una primavera sin sol...*

Cantó el príncipe:

*¿Es posible que no puedas amarme,  
Cuando en las estrellas está escrito?*

Ella respondió:

*Sólo sé que no puedo besar sin amar,  
Ni la vida sin amor concibo,  
No sabemos vivir sin cariño.*

El príncipe calló. Hombre respetuoso y noble, del mismo modo que aceptaba la decisión de la princesa en cuanto a la abdicación, aceptaba lo que ella decía de no poder amarle...

Los dos emisarios que habían ido a Europa en busca de Su-



sana, se desesperaban viendo la inutilidad de su viaje, pero ya nada había que hacer.

De pronto entró Buffy, revólver en mano, para recoger la decisión de Su Alteza.

—En nombre de mi gobierno—dijo con cómica solemnidad, —tengo el honor de entregarle el documento de la abdicación. Tan pronto lo haya firmado, usted recobrará su libertad, lo mismo que el capitán Stone.

Ella miró al príncipe. Este afirmó, autorizándola una vez más. Y con ruego seguro firmó el acta de definitiva renuncia a todo derecho.

—Princesa, está usted libre ya...

—¡Gracias, gracias! Y adiós, príncipe. No olvidaré nunca la corrección que siempre tuvo usted conmigo.

—Soy pariente suyo, Laya, y en cualquier instante tendrá en mí un amigo de verdad.

—Le repito mi agradecimiento. Y ahora, ¿dónde está Stone?

—A bordo de un destroyer.

—Voy allí.

Y salió alegremente con Buffy, mientras el príncipe se dejaba caer melancólico ante su día, pidiendo resignación por el amor perdido, que sólo había sido un pobre sueño.

Y los dos magnates que habían estado en París, miraron tristemente a su príncipe, ante el fracaso de su plan.

Entre los que aguardaban a la salida a Susana, figuraba Jim Boyd, que había estado murmurando con los marineros:

—¡Esto es la caraba! La bailarina de París como reina de Hawái, y yo trayendo nada menos de contrabando a una bella reina.

Susana le manifestó su deseo de marchar de aquellas tierras de hechizo peligroso.

—Yo también marcharé—dijo Jim Boyd—. Pero, ¿seguirá usted actuando conmigo?

—Creo que no podré...

Y despidiéndose de todos corrió hacia el barco, mientras Buffy, orgulloso y satisfecho, corría al palacio de la residencia, para dar cuenta al gobernador del resultado satisfactorio de sus gestiones.

El gobernador le felicitó sinceramente, y también Betssy, que se mostraba más amable que de costumbre. Y aun cuando se em-

peñó momentáneamente en que serviría para sustituir a Susana en su puesto de compañera de Jim Lloyd, acabó por desistir y pensar en algo más positivo y valioso, como era el amor del secretario. Además, el gobernador había renunciado ya a la idea de casar a su sobrina con el príncipe, pues acababa de enterarse del propósito que tenía Su Alteza de partir también lejos de Hawái, para olvidar su aventura de novela. Y ya no tuvo inconveniente en conceder la mano de su sobrina para el apuesto secretario.

Y entretanto, Susana, feliz y libre de toda pesadilla de poder, iba al barco de guerra donde se acababa de recibir la orden levantando el anclaje al capitán Stone.

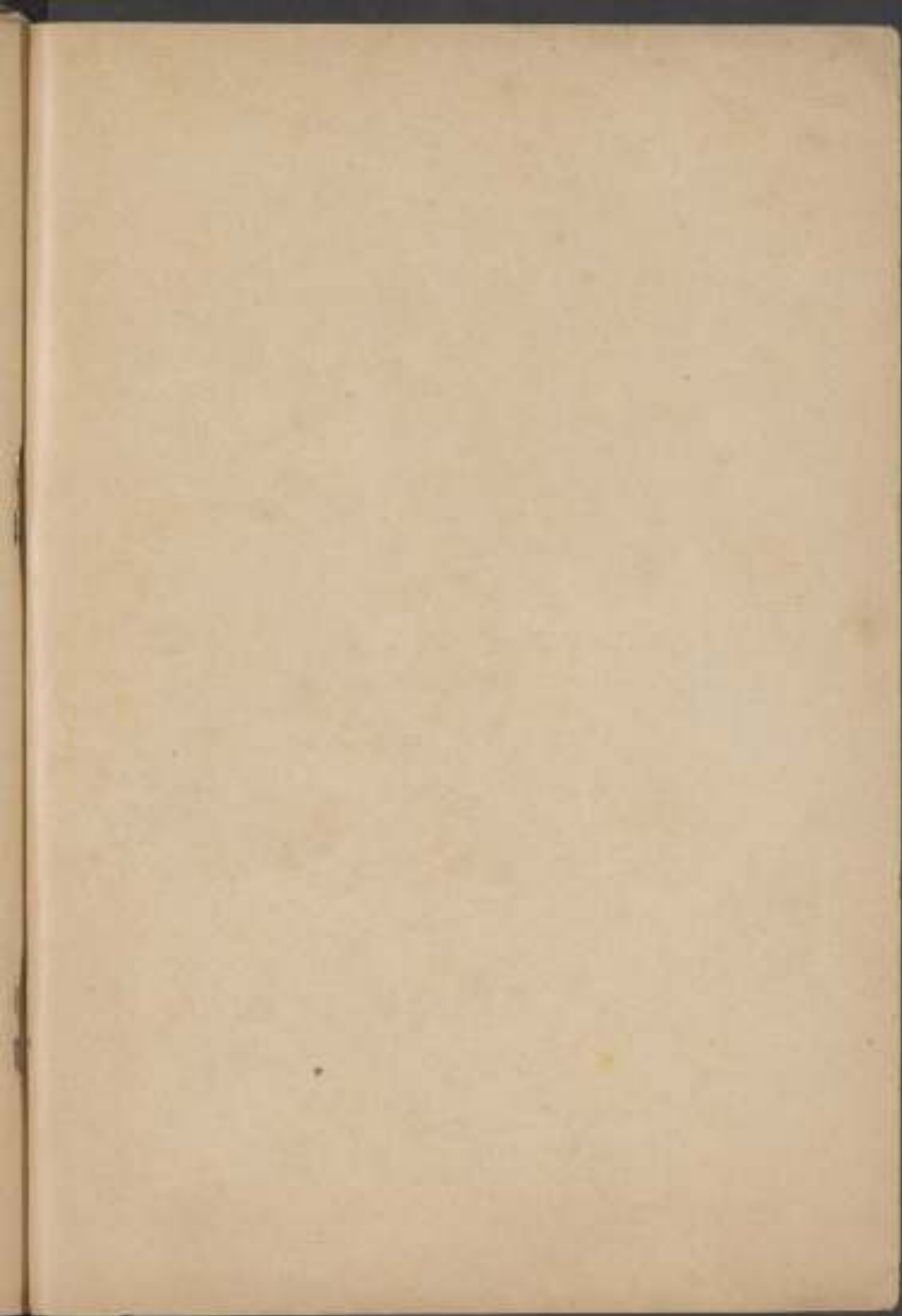
El capitán la abrazó estrechamente, feliz de tenerla al fin, vencidas las dificultades que se habían opuesto a su destino. Y entre besos y caricias, el capitán cantó su inmenso amor, con la alegría de que ella se hubiese librado de los peligros de aquella isla seductora, donde sus antepasados habían sido reyes.

*Chiquillo encantadora y adorada,  
Tesoro de mi corazón,  
Para ti, niña adorada,  
Es siempre y solo mi canción.  
Mi canción, a toda hora  
Es para ti, rubia gentil.  
Tú eres mi reina y mi señora,  
Mi corazón es sólo para ti.  
Eres la perla de mi corazón,  
La estrella que brilla y parpadea  
En el cielo de la ilusión.  
No pueda vivir sin amar,  
Ni sin cariño la vida comprender.  
En mis brazos te tengo yo,  
La más encantadora mujer eres tú, sólo tú, tú, tú.  
Tuyo es mi corazón por ti marchito.  
En las estrellas está escrito.  
Se aman el hombre y la mujer.  
¡Quiero poner el mundo a tus pies!*

FIN

### Números publicados:

- LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.  
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigrine Helm.  
AMOR PROHIBIDO, por Barbara Stanwick, Adolphe Menjou, etc.  
UNA MUJE DE MALA FAMA, por Mady Christians.  
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.  
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Gacon, etc.  
PAIS-MEDITERRANEO (Doo en un coche), por Annabella y Jean Murat.  
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.  
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lope Vélez.  
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.  
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson y Loretta Young.  
MARIDO INFIEL, por Fritz Schultz, Paul Horbiger y Lucie Engisch.  
CON EL FRAC DE OTRO, por W. Haines y D. Jordan.  
CONDENADO, por Ronald Colman.  
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Marie Glory.  
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.  
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.  
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett, Ben Lyon, etc.  
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron, etc.  
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.  
TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.  
TRES RUINAS, por Joan Blondell, Ina Claire, Madge Evans, Lowell Sherman, David Manners, etc.  
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, Helen Vinson, y la niña Karol Kay, etc.  
AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, Oscar Marion, etc.  
DESILUSION, por Helen Twilvetree, Eric Linden, etc.  
LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.  
NADA MAS QUE UN GIGOLO, por William Haines, Irene Purcell, María Alba, etc.  
LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Len Carrillo, Constance Cummings, etc.  
LA DAMA AZUL, por Joseline Gael, André Brugé, etc.  
AMOR DELICROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.  
EL PAPAISO DEL MAL, por Ronald Colman, Fay Wray, etc.  
CARAS FALSAS, Lowell Sherman, Peggy Shannon, etc.  
PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, Leslie Howard, etc.  
POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marlon Davies y Clark Gable.  
VIDAS INTIMAS, por Robert Montgomery, Norma Shearer.  
HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, Lawrence Gray, etc.  
SUERTE DE MARINO, por Sally Eilers, James Dunn, etc.  
LA PELIRROJA, por Jean Harlow, Lewis Stone, etc.  
TORERO A LA FUERZA, por Eddie Cantor,





E. B.

